

# Ante la COVID-19: ¿indisciplina o ingratitud?



Delia Proenza Barzaga

Como mismo muchos pensaron que el SARS-CoV-2 difícilmente entraría a Cuba —concordemos en que estaba lejos, muy lejos allá, en China y en Europa—, o dudaron de que el país cambiaría tan radicalmente su rutina por causa de la enfermedad que traía consigo, pocos imaginaron que el caos se prolongaría durante tanto tiempo.

En los primeros meses todo no solo parecía, sino que estaba bajo control, con un sistema de vigilancia epidemiológica no visto en ningún otro país del mundo, al basarse en un proyecto innovador y dirigido a garantizar la salud de la ciudadanía desde los propios lugares de residencia: el Programa del Médico y la Enfermera de la Familia.

Poco a poco nos fuimos habituando al uso de esas mascarillas de tela que no por rústicas, en la mayoría de los casos, dejaron de ayudar. A ellas debemos, según los especialistas sanitarios, la reducción significativa en el número de contagios por infecciones respiratorias agudas en una etapa en la que solían surgir casi de la nada.

Pero junto a los nasobucos ha jugado su rol importante, también, el abandono parcial de los saludos efusivos a que estamos acostumbrados los cubanos, que si no damos un apretón de manos sentimos que nos quedamos cortos en cada encuentro, por frecuente que sea.

Ya lo habían advertido algunos analistas de prestigio y se había escrito en estas mismas páginas: la etapa pospan-

demia podría significar una realidad bien diferente de la que dejaríamos atrás, sin apenas roces físicos ni grandes aglomeraciones de público e, indefectiblemente, con mascarillas. Se habló, incluso, de rebrotes cíclicos que obligarían a períodos de cuarentena sí y cuarentena no.

Sucede, sin embargo, que la pandemia no ha quedado en el pasado y hay cubanos que no han aprendido siquiera a cumplir con la mínima regla de cubrir su rostro, como medida elemental para evitar que las microgotas de saliva expelidas por quienes le rodean penetren por su nariz y su boca. A algunos se les ha visto rezongar desde aquellos días iniciales de pánico, cuando consideraban exagerada toda regulación que limitara su libertad y se quejaban por ello.

Hoy, cuando Sancti Spíritus ha pasado de una tranquilidad relativa, por haberse visto libre de la enfermedad durante cuatro meses, a la alarma de un rebrote que abarca ya la mitad de sus municipios, hay todavía quien se siente indemne. De todo puede verse en esta fértil tierra del Yaya-bo, desde los nasobucos en las manos o el cuello hasta los que se llevan puestos sin cubrir la nariz, como si no fuesen las fosas nasales puertas idóneas para la entrada del virus que mata.

Es cierto: Cuba es un país donde el calor exaspera a veces y estamos apenas diciendo adiós a la parte más cruda de nuestro verano permanente. Pero en el archipiélago han enfermado ya más de 5 000 personas y muerto más de un centenar, pese a las muchas precauciones adoptadas desde que el coronavirus que puso al mundo en una alerta inédita apareciera aquí, justamente, por este territorio.

Ingratitud. Así denomino yo la conducta de unos cuantos insensatos que ponen al país, día tras día, cada vez más en el filo de la navaja. Si decidiéramos no temer por nosotros mismos —algo poco probable—,

deberíamos pensar, entonces, en todos los que nos rodean. En familiares, amigos, compañeros de trabajo, vecinos. Y deberíamos pensar, por obligación cívica, en los científicos que han puesto a un lado vida personal y seres amados para enfrascarse en una búsqueda incesante de fármacos y candidatos vacunales que contengan el avance de la enfermedad.

Actuar responsablemente en las actuales circunstancias no cuesta tanto. Algunos lo pregonan, pero no lo practican, como si se tratase de una consigna más cuya desatención no deja consecuencias. No se compara, sin embargo, con el esfuerzo de los trabajadores de la salud que han estado en la zona roja, o más acá, desde que comenzó la contingencia.

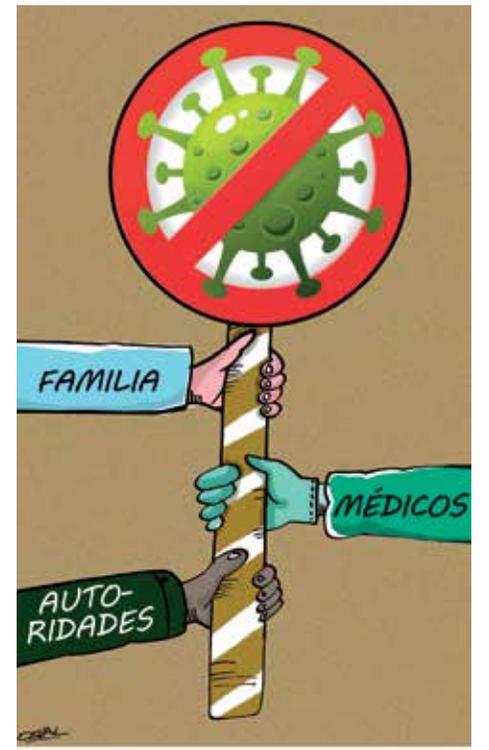
Aunque el Estado no se jacte por ello, son millonarios los gastos en que ha incurrido durante estos meses de zozobra y desvelo, con el cuello apretado por un bloqueo que no cesa y sin los suministros imprescindibles. Que se hayan realizado miles de pruebas de PCR para diagnosticar la presencia del virus, sin que ninguno de los pacientes a quienes se les tomó la muestra pagara un centavo por ello, habla alto y claro del tipo de sistema de Salud que prima en Cuba.

Elocuente es también la asistencia gratuita a cada sospechoso de padecer la enfermedad, y a cada contacto de sospechoso, por cuenta de la cual los gastos, que incluyen transporte hasta y desde los centros de aislamiento, son altísimos. Tal vez, me digo, a fuerza de disfrutar gratuidades y de contar con una asistencia médica altamente calificada, nos hemos creído que lo merecemos todo y albergamos la certidumbre de que siempre vamos a ser salvados.

Nadie lo quiso así. Nadie pensó que a la vuelta de septiembre en Cuba y Sancti Spíritus los nuevos contagios se multiplicarían con los días. Pero la responsabilidad

no es huérfana: recae, con raras excepciones, sobre los hombros de los que piensan en dónde tocaron sus manos, a quién abrazaron o en qué lugar reposaba su mascarilla solo cuando se saben implicados en uno de esos eventos de transmisión.

Tendrá que pasar alguna vez, pero por ahora no hay otra palabra de orden que precaver. Solo asumiéndola como el imperativo insoslayable que es estaremos ayudando a impulsar el país. Nos lo ha pedido, con toda la razón del mundo, Díaz-Canel, y nos lo habría pedido de igual modo Fidel, acostumbrado como estaba a enfrentar las adversidades con la mayor fortaleza a la que acudió siempre: el acompañamiento del pueblo.



## En la punta de la lengua

A cargo de: Pedro de Jesús

# Chuchuchú, marindango y otras creaciones



En las escuelas cubanas se enseña —ejemplos hipotéticos— que de la palabra *blanco* se derivan *blancuzco*, *blancura* y *blanquear*; y que con ella se forman los compuestos *coliblanco*, *peliblanco*, *patiblanco* o *blanquinegro*, y también el verbo *emblanquecer*, parasintético.

Pero no solo a través de estos procedimientos —conocidos, respectivamente, como derivación, composición y parasíntesis— es posible crear unidades léxicas en español.

En el lenguaje familiar e infantil abundan voces surgidas a partir de la reduplicación de un segmento fónico. Se habla del *nené* (o *nene*), el *bebé*, la *papa*, el *tete*, el *pipi*, la *caca*, la *baba*, el *paupau*; de *mamá* (y sus variantes *mama*, *mimi*, *mima*, *mami*), *papá* (y sus variantes *papi*, *pipo*...), sin contar los muchos apelativos cariñosos con que nombramos a parientes, amigos y colegas: *Lala*, *Lili*, *Lulú*, *Lila*, *Lula*, *Lola*, *Pepe*, *Pupi*, *Chichi*, *Chachi*, *Chucho(a)*, *Chuchi*, *Chicho(a)*, *Cuco(a)*, *Cuqui*, *Coqui*, *Coco*, *Cucú*, *Mimi*...

Según se aprecia, a veces

los segmentos constitutivos se reproducen de manera exacta (*runrún*, *tiquitiqui* y sus equivalentes, menos usados, *tacataca* y *tequeteque*...) y otras, con ligeras modificaciones, vocálicas sobre todo (*zigzag*, *ringorrango*, *rifirrafe*...). La repetición puede ser binaria (*chinchín*, *michimichi*, *cuchicuchi*, *lequeleque* ~ *lepelepe*...) o ternaria (*ñeñeñe* ~ *ñiñiñi* ~ *ñuñuñu*, *chuchuchú*, *pimpampún*...) e incluir elementos ajenos al patrón repetido, como en *tunturuntun* y *chapichalape*.

Algunas palabras así formadas tienen motivación onomatopéyica (*frufurú*, *tictac*, *blablablá*, etc.), y muchas pertenecen solo al registro informal, por lo que los diccionarios no suelen incorporarlas. Quizá es esa —junto a la baja productividad o rendimiento— una de las razones para que se excluya la reduplicación de nuestros programas de enseñanza del español.

En situación similar se halla el procedimiento que algunos lingüistas denominan ampliación, verificable, por ejemplo, en *cortinán*, *solivio* ~ *solibio* y la expresión

a *pierruli*. ¿Qué tienen en común estas unidades? Primeramente, cada una es sinónima y sustituta de otra voz que el hablante prefiere no mencionar: *corto*, *sol* y *a pie*. Asimismo, las tres se han creado adicionando un segmento final (*-iñán*, *-ivio* ~ *-ibio*, *-rruli*) que no posee valor de sufijo en nuestra lengua, como el de, digamos, *-dad*, *-al* o *-dera*, en *honestidad*, *arenal* y *habladera*, derivadas, respectivamente, de *honesto*, *arena* y *hablar*. Por último, todas tienen un notorio carácter popular y coloquial —y algunas de las que veremos a continuación pueden considerarse marginales y estar mal vistas.

Entre las razones que llevan al uso de la ampliación, Ariel Laurencio Tacoronte señala «la búsqueda de expresividad, del efecto cómico o de la burla» y el intento de «enmascarar una palabra desde el punto de vista fonético y semántico», como sucede con *nichardo*, *gordiviri* o *solapeado* ~ *solapeao* ~ *solapiao*, mediante las que el hablante, agregando las terminaciones *-ardo*, *-iviri* y *-apea(d)o*, evita la utilización de vocablos suscep-

tibles de estimarse ofensivos, descorteses o inconvenientes: *niche* —cubanismo con que se designa a una persona de piel negra—, *gordo* y *solo*.

De acuerdo con A. L. Tacoronte, en su libro *Variación y cambio en el español de Cuba* (2015), la ampliación no solo recurre a «inicios o finales de palabras», «pseudosufijos o falsos sufijos» y a «series fonéticas sin ningún antecedente en el sistema de la lengua o del habla», sino también a sufijos propiamente dichos: *-ete* en *segurete* (de *seguro*), *-illa* en *matraquilla* (de *matraca*), *-iano* en *feliciano* (de *feliz*) y *-ería* en *bullería* (de *bulla*), etc.

A veces esta sufijación se vale de otros incrementos, como en *rolletín*, *culantrín* y *flacundengo(a)*, creaciones donde se insertan los formantes *-et-*, *-antr-* y *-und-* antes de los sufijos *-ín* y *-engo(a)*, y en *marindango* y *querindango(a)*, con intercalación de *-n-* en las bases de *marido* y *querido(a)*.

Otra de las maneras que adopta la ampliación es la sustitución por similitud fónica. Se trata, según el académico mexicano Luis

Fernando Lara, de expandir un vocablo a través del «agregamiento del final de otra palabra, que produce el efecto de dar a la palabra resultante el significado de la palabra base», como cuando, en el juego de dominó, decimos *Sixto* en lugar de *seis* y *Ochoa* en vez de *ocho*. Además, al reemplazar los adverbios afirmativo y negativo, *sí* y *no*, por nombres propios: *Ciro*, *Cirilo*, *Nereida*, *Nicomedes*... O la expresión *hace ratón* y *queso*, generada a partir del sustantivo *rato*.

Es este un mecanismo neológico registrado en la lengua española desde los Siglos de Oro. Propio de argots delincuenciales y jergas juveniles, el importante lingüista francés Pierre Giraud (1912-1983) lo llamó «sufijación parasitaria».

La reduplicación y la ampliación han sido estudiadas, señaladamente, en el ámbito de las tradiciones verbales populares y los llamados «juegos fónicos», en términos del filólogo Juan M. Lope Blanch (1927-2002). Ambas son muestra de creatividad lingüística y señal de identidad social y cultural.